



Víctor Guerra

ALICIA KACHINOVSKY¹

No me resulta fácil escribir sobre Víctor porque me cuesta mucho aceptar que él no va a leer estas líneas. Justo él, un lector insaciable. ¿Por qué hacerlo, entonces? Por un deber de vida, porque creo no equivocarme al afirmar que él hubiese esperado eso de mí.

Amigo y colega, interlocutor destacado, tuve el privilegio de conocer a su familia y amigos más cercanos. Víctor fue para mí un hermano de la vida. Poco afecto a los protocolos, mi mayor fidelidad hacia él será la de esbozar algunas pinceladas de su persona y de su actividad profesional entrelazadas.

El tercer hijo de cuatro, nació prematuro. Llegó a este mundo demasiado pronto, como si hubiese sabido que habría de partir también antes de tiempo y tuviese mucho por hacer. Y en verdad hizo mucho.

Sus padres, inmigrantes italianos, construyeron una familia entrañable que fue soporte del trágico periplo del último año de vida de Víctor. Hermanos y sobrinos, cada cual según su estilo y posibilidades, acompañaron los momentos más difíciles de una enfermedad que no le dio tregua. Allí estuvieron también Maximiliano, Florencia y Rodrigo, sus tres hijos, respondiendo con paciencia, ternura y dolor en cada tramo de su padecimiento.

Hace pocos días recibí de su hermana Marisa, mujer incondicional con sus seres queridos, un relato encantador que desconocía. Me gustaría bautizarlo como «La historia de los niños del carro», un espacio de circulación de la palabra que el futuro psicoanalista había creado para «los bajitos» de su entorno cercano. La voz de Marisa será más apropiada que la mía para transmitirla:

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. alika@psico.edu.uy

Cierro los ojos y lo veo parado frente al árbol de Martín García y Martín C. Martínez (La Comercial), a un Víctor adolescente. Dentro del carro tal vez tres o cuatro niños de entre tres y siete años. En verano o cuando no hacía frío. Los niños, todos del barrio, y a eso de las dos de la tarde, comían y se iban a la esquina a esperar a Víctor. No tomé conciencia de esto hasta que la madre de uno de los nenes lo sigue a ver qué era que hacía Víctor con ellos. Su hijo le decía «vamos a conversar con Víctor». Yo no escuché la conversación, pero por como era él con otros nenes, supongo que les inventaba cuentos y sí les hacía preguntas.

Fue Mely, su hermana menor, quien me acercó una faceta muy distinta de este amante de la poesía, de la música y las artes plásticas. Ahora será ella quien tome la palabra y nos cuente algo más, otra arista de su persona:

Jugaba al fútbol en Defensor y llegó a jugar en cuarta. Tendría dieciséis años. Dejó porque el entrenamiento era muy exigente, y no le daba el tiempo para todo. Me acuerdo que el entrenador vino a hablar con mi padre para que no dejara, dicen que era muy bueno.

Le gustaba contar que su formación como psicoanalista se había iniciado en el boliche de su padre, un espacio de palabras plenas en el que Víctor se nutrió de interminables enseñanzas, anécdotas, reflexiones y confesiones. Aprendió con los parroquianos —y yo con él— que en la rueda de amigos y en la vida nunca debe convocarse una última copa ni brindar por ella, en todo caso la penúltima, porque la última es la que se bebe con la muerte. Sin embargo, creo que tuvo la osadía de desairar a la Parca cuando lo enfrentó; su persistente deseo por la vida lo llevó a darle la espalda. Y entonces la huesuda, al presenciar su terquedad, su anhelo por seguir leyendo y escribiendo, tuvo que secuestrar su cuerpo dejándonos la llama viva de su pensamiento y afectos...

En 2006, a propósito de un encuentro que organizó AUDEPP en Montevideo, «De princesas, magos y brujas», Víctor presentó un trabajo en el que establecía un diálogo imaginario con el poeta Manoel de Barros. Lo dedicó a sus padres y a los «placeres» y «abismos» de su infancia. Allí contaba su primer encuentro con la obra del escritor:

Y yo recordaba a algunos personajes del boliche de mi padre: al «Tano Julio», el «Macho Herrera», el «Diputado», el «Gallego Francisco», el «Flaco La Pantera» y otros. Personajes alegres, bulliciosos, vitales, pero a la vez patéticos, dolidos, desgraciados; partes de la extraña paleta de colores que puede convocar la tela del paisaje humano. Y ahora, yo me pregunto, ¿no nos habrán servido a mi padre y a mí para «guardar nuestros abismos»? ¿Para dejar a buen recaudo los avatares del alma humana? ¿Y qué es lo que hace uno a veces escuchando, conviviendo con una porción del dolor de los pacientes? ¿Se encargarán a veces ellos de nuestros abismos? Ahora que soy yo el que tiene un «boliche psicoanalítico», ¿no los estaré invitando a celebrar el encuentro de las historias ocultas? ¿Nuevas versiones de sí mismo que se escriben, se borran y se vuelven a escribir en la trama del encuentro?

Recibió de su madre un particular interés por las letras y una afición especial por la narrativa. En ocasiones, Víctor lograba encender los recuerdos que su madre guardaba sobre la guerra en Europa. En un ámbito de confianza y familiaridad, incitada por su hijo, doña María compartía aquellas vivencias indelebles que tuve el deleite de escuchar en la sobremesa de un almuerzo de domingo en Piriápolis, con la inestimable presencia y paciencia de los mellizos, Rodrigo y Florencia, que siempre acompañaban a su padre.

Víctor era asimismo un diletante de la amistad, cultivaba amigos. Sus vínculos no se limitaban a Uruguay. Amén de un reconocimiento profesional extramuros, tejió fuertes lazos humanos con gente de Brasil, Chile, Argentina y Francia. Sería muy difícil mencionar a todas aquellas personas que tuvieron una relación importante con él, pero me resulta imposible no hablar de Rómulo y Eduardo: sus queridos amigos de la juventud y de siempre, que supieron compartir con él las aventuras por el Club de Bochas, otra universidad de la vida que alimentó su clínica psicoanalítica. Según me contó Mely, Eduardo y Rómulo también fueron asistentes de las breves pero intensas incursiones de su amigo en el arte cinematográfico.

Su historia profesional *crece desde el pie*, cuando en la década de los ochenta trabajó como asistente de investigación del pediatra y neonatólogo José Luis «Pato» Díaz. Allí observaba o filmaba a las madres en ocasión del amamantamiento, hacía reseñas de artículos científicos, colaboraba en la

traducción de materiales de lectura y aprendía de la experiencia de otros.

Tuvo luego una extensa trayectoria como psicólogo del Jardín de Infantes «Maternalito». Trabajó allí por más de veinte años y adquirió una excepcional experticia en observación de bebés y consultas terapéuticas con padres y tempranos. Una parte de este tránsito fue enriquecida por la valiosa interlocución con la hoy psicoanalista Cecilia Rodríguez.

Ingresó a la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU) en 1995, y mantuvo con la institución una posición crítica y, a la vez, comprometida. En 2015 fue designado Director del Eje Niños y Adolescentes de la Federación Psicoanalítica de América Latina (Fepal). Impulsó desde este lugar, con el apoyo de Mónica Santolalla, la Declaración de Cartagena, votada en 2016. Esta declaración hace expresa referencia a la desesperanza de padres y familiares enfrentados al sufrimiento de un gran número de niños y adolescentes diagnosticados como trastornos del espectro autista. Desde un enclave psicoanalítico como el de Fepal, se proclaman las bondades de la detección e intervención temprana, señalando que los tratamientos así conducidos no requieren apelar al adiestramiento del niño ni a la medicalización de dicho sufrimiento.

En los últimos años de su actividad profesional era frecuente que se ausentara del país por los compromisos contraídos en el exterior: Brasil, Chile, Francia, Argentina. Viajaba en forma quincenal a Brasil, donde dictaba cursos y seminarios, tenía supervisiones y asistía a jornadas o congresos. Allí conoció a Carla, una hermosa y generosa mujer que lo acompañó hasta el final, brindándole paz y amor, una entrega de tal magnitud que incluso lograba impugnar el dolor. Creo no equivocarme si digo que Carla supo arrancarle sus últimas sonrisas.

Ella estaba presente cuando me convocó para conversar sobre su tesis de doctorado, que ya tenía casi terminada. Fue la última vez que hablé con él. Me preguntó si aceptaba formar parte del tribunal que se instalaría este mes de octubre. Lo había conversado antes con su médica tratante, que no cerraba las puertas a soñar que Víctor llegaría a esa fecha. No sé qué habrá dicho ella, era difícil abatir la esperanza de un guerrero que seguía peleando en medio de un escenario desgarrador. Apenas húmedos sus ojos, me confesó: «¡Alicia, fue una caricia para el alma!». Se refería a las palabras de la doctora.

Seguramente he dejado en el camino a algunos referentes importantes en la vida de Víctor que ni siquiera he mencionado, pero no podría obviar los nombres de Marcelo Viñar y Sonia Ilhenfeld, que lo acompañaron y sostuvieron en los momentos más difíciles.

Como diría Claudia Ravera, «nuestro Vittorio» ha dejado importantes marcas en quienes compartimos con él momentos de su vida y de su actividad profesional. Muchos mensajes llegaron hasta su familia y amigos cuando ocurrió su desaparición física. Elijo uno de ellos por varias razones, entre ellas, mi cariño y reconocimiento hacia la persona que lo escribió. Esperanza Pérez de Pla, desde México, hizo llegar estas palabras:

Pensé mucho estos últimos meses en Víctor, en aquel joven psicoanalista que descubrí en un congreso de APU hablando de bebés. Fue un hallazgo deslumbrante. No lo conocí antes, por esa distancia que me sorprende muchas veces respecto a mi querido Uruguay y a mi hogar especial allí, la APU, que siguen viviendo y embelleciéndose sin avisarme, al punto de sorprenderme gratamente muchas veces con sus flores y sus frutos.

Lo más asombroso siempre son las coincidencias que no sabemos cómo se han construido. Eso fue lo que sentí al conocer a Víctor.

Podría ser mi hijo, pero hablaba como mi par de mis temas preferidos. Algo maravilloso... Pasamos a querernos y a respetarnos velozmente. En ocasiones necesitamos hablarnos para compartir hallazgos, dudas, planes. Fueron pocos pero tan ricos esos encuentros que siento la pobreza que deja su ausencia. Y también la motivación a seguir por el camino que recorrimos como colegas hermanados por lo que nos unía, y que compartimos durante un tiempo que tristemente fue demasiado breve.

No puedo menos que sumarme a estas palabras melodiosas que, como otras, ayudan a transitar la tristeza que dejó su partida. Y esté donde esté decirle: ¡hasta siempre, querido amigo! ♦